

ELIZABETH VILLAMÁN

LAS ISLAS ROTAS



AMARGORD
ediciones 

Niño caléndula

Por instantes la casa es como un enorme salón lleno de caléndulas. Un espacio inhabilitado de luz y aire. No importa cuántas veces abra las ventanas, ese olor recio y frutal permanece, carcome los espacios, se hunde en la piel y deja marcas minúsculas, casi borrosas que penetran en los muebles, en los cristales, y a veces hasta se escurren bajo el fino caño de agua que cae al abrir el grifo. Un chorro como el síntoma de que algo grave viene: dolor intenso en el abdomen, coágulos de sangre del tamaño de un limón.

Es la cuarta vez que pierdo a un niño, de las tres primeras la más cercana al parto, con la panza como un globo y el rostro hinchado monstruosamente, también los dedos de los pies y los tobillos. Todo pasó muy despacio, o al menos así lo sentí. Gotas de agua cayendo sobre el lavadero, chocando unas con otras, y deslizándose, acumulando grasa y pétalos triturados de caléndulas.

En el consultorio, Abdul me mira con los ojos brotados y el bulto de las ojeras. Desde que lo vi supe que sería mi médico, con él no hacen falta palabras, nuestras miradas no entienden de idiomas. Abdul ya habla español-dominicano, dice coño y dime a ver más veces que yo; pero cuando pierdo otro niño, calla, me toma de la mano con un acto infinito de amor, o lástima. Abdul huele a canela y a naranjos. Me aprieta y me acaricia los dedos como si fuesen un puñado de pétalos, y se va, deja que otro termine el trabajo sucio. Sin vernos, él ya sabe que seguiré. Abdul, vendré tantas veces como sea necesario, estamos cada vez más cerca.

Cuando llego a casa, las ventanas están cerradas y Pedro no está. Ya no me acompaña a los consultorios, solo me hace

el amor cuando está borracho. En la noche se duerme sobre el bulto inexistente en mi estómago y lo escucho llorar, rezar y maldecir. No abro los ojos. La voz llorosa de Pedro hace eco por las paredes, nos envuelve, nos traga y nos vomita sin piedad. Pedro, lo seguiremos intentando, estamos cerca, descendemos, pero no vamos a tocar el pavimento.

Al ponerse el sol, empiezo a abrir las ventanas con violencia, con la poca fuerza que me queda en los brazos. Humedezco un paño y froto con jabón las manchas, incluso las que Pedro dice que no existen. Mi madre tampoco las ve, pero ahí están, manchas anaranjadas, pequeñísimas; pedazos de pétalos, filamentos. Enjuago con agua y echo un poco de vinagre para desinfectar, después me muero de la risa porque todo saldrá bien, aunque la casa huele a caléndulas podridas.

Mientras abro otra ventana, mi madre prepara una jarra del té mágico, la veo preparar el té de caléndulas desde que era niña cuando vivíamos en Tíreo. Iban mujeres de la capital, de todas las provincias y hasta de Nueva York a buscarlo. Era un té mágico o quizás del diablo, como decían algunos, nunca supe. Mi madre, delgada, removiendo las flores, echando hierbas y otros condimentos de los cuales no se podía hablar. Y con el té quedaron embarazadas todas las mujeres de mi familia. El embarazo es algo muy importante. Pedro no lo entiende. Abdul tampoco. Para mi madre nunca seré mujer hasta que tenga un hijo, es la condena de mi familia, ser madre no es solo ser madre, es ser mujer en su completa extensión y palabra, como si uno empezara a ser algo cuando da vida, como una máquina, hasta que no produce el primer producto no sale al mercado, no es importante. Yo anhele ser mujer y este es el precio.

Abro la última ventana, mi madre termina de moler los condimentos y sus manos quedan anaranjadas. Las dos

queremos lo mismo: al niño caléndula, por razones distintas. Ella se levanta, se recoge el cabello en un moño y me besa en la nariz. No me pregunta cómo estoy, por las náuseas, las fiebres, o la ausencia de Pedro. Camina hacia la puerta y desaparece. Cuando se va del todo, y digo del todo, porque, aunque mi madre este a miles de metros su mirada se queda, su esencia quiebra dejando una huella sucia de hierbas y condimentos. Cuando se esfuma, salgo al balcón y me quedo horas contemplando a las mujeres que caminan por la avenida Núñez de Cáceres. Un montón de pies, brazos y cabezas, de un lado a otro. Sus voces se trasladan y se confunden con el sonido de los autos. Por segundos, me parecen zumbidos. La brisa les levanta las faldas, las blusas, y juega con sus cabellos. Mientras más acerco el rostro, siento el viento y el ardor en los ojos. Ellas cada vez son menos, y a esta altura, se ven como seres malditos, mujeres de verdad que sí pueden cargar a sus hijos por las noches. Se burlan de mí, ellas pueden sentirse plenas, y así, un día y otro en la eternidad.

Dos tazas de té diarias en el primer mes y tres durante los meses cinco y seis. Soy un saco de caléndulas vivientes, pero nada importa, seré mujer pronto, escalaré los peldaños rebosados de plenitud sin toallas viejas manchadas de sangre, sin ventanas sucias o el nudo en la garganta, sin aquellas voces nocturnas que se tienden en los espacios que Pedro y yo dejamos, que sonrían y acarician y hasta muerden.

El sonido de la puerta, es Pedro, ha tomado vacaciones y está borracho todos los días. Cuando lo escucho, me escurro por la habitación, no precisamente con las ansias de ser deseada, de hecho, creo que Pedro piensa en otras cuando está conmigo, no importa, yo también lo hago, pienso en Abdul y su piel de porcelana.

Pedro tumbado sobre la cama, yo sobre él y aunque no hay jadeos ni pasión, hay algo más allá que nos une, tenemos una condena que nos condiciona, nos hace necesitarnos. Pedro ya no dice nada, apenas me mira. Esta vez lo lograremos, las caléndulas no serán invadidas por parásitos.

La temperatura sube, pero no dejo de tomar té, incluso he empezado a bañarme con el líquido. La mezcla anaranjada cayéndome por el cuerpo, absorbiéndome, mi consciencia lejos, como si mis pasos estuviesen dominados por otro ser, y en el fondo, Abdul acostado sobre una cama llena de caléndulas. Me tiró junto a él y solo ansío que la panza crezca de nuevo. Mi madre, también; ya no sale de casa, durante estos meses de llanto y caléndulas, se ha instalado. Se irá mañana después de que lo intentemos, después del después que parece infinito.

—Es hora, Mercedes —dice mi madre y me pasa una prueba de embarazo.

Me abraza, me da muchos besos en la frente como cuando era niña y algo me salía mal, no ha dejado de hacerlo, para ella no soy una mujer. Abre la puerta, me hace la señal de la cruz y llora con agonía, con hipidos ruidosos, con una voz frágil. Camino despacio hacia el baño. Primera orina del día, cinco minutos después: dos rayas, otro niño caléndula.

De ahí en adelante, todo es repetitivo: adrenalina, náuseas, la ausencia de Pedro, mi madre y las caléndulas, los ojos cansados de Abdul; dice que será mi último intento, que después de esto mi cuerpo ya no resistirá. Lo dice de una forma definitiva, con los labios temblorosos como si yo pudiese quebrarme en cualquier momento, y mientras lo hace, para mí su voz desaparece, no le creo nada. Percibo una luz blanca y palpitante sobre el río de Tíreo, de niña iba a bañarme cuando me sentía mal, ahora, no es más que una letrina. Un charco de agua enlodada, asquerosa y maloliente.

Un lugar sin emociones, siempre dando batallas perdidas, poblado de bichos, de hongos, de muerte. Abdul termina de hablar. A partir de ahí, mi vida ronda en torno a la bolsa de mi estómago, el niño caléndula. Es como la fase terminal de un cáncer, encerrada en cuatro paredes. Hay que proteger al bebé del frío, hay que protegerlo del calor, y cuando no hace calor ni frío, me invento una excusa.

Noveno mes, la panza me pesa al caminar, mi barriga colgada de un hilo. Estoy tan cerca. Seré mujer, no como el río de Tíreo, no estaremos más unidos por defecaciones constantes. No, no.

Estos últimos días me he sentido muy rara, como que por momentos unas voces aparecen y me hacen sentir sucia, despreciable. Y odio cuando el niño caléndula me da patadas en el vientre, no sé, no sé, pero me entran unas ganas de lanzarme y salir en los periódicos. La mata niños por fin ha acabado con su vida, se han extinguido las caléndulas, disminuye la tasa de mortalidad infantil en un dos por ciento. Liberarnos por fin a los dos. Si Abdul me escuchara, se sentaría a mi lado a leerme un poema. Y Pedro, no sé, probablemente no diga nada, volvamos a hacer el amor, y así, una y mil veces.

Sin sombra, sin luz, llega el día. Intento anularme un segundo, dos, tres, cuatro... El agua fluye desde muy adentro, más de treinta litros de agua fuera de mí. Yo la veo negra, negrísima. No sé si sueño o vivo, Abdul me dice que puje, tienes que pujar, y arrastra la ere hasta lo más profundo. Siento un ardor que me sacude las entrañas. Pujó con toda la fuerza que me queda. Mi madre da los últimos suspiros y Pedro lejos, muy lejos.

Él aparece, anaranjado y tibio, acapara por un momento todo el nosotros. Se escucha un eco distante, es su llanto, pero me parece un grito endemoniado. Cierro los ojos, pego la nariz sobre los nudillos pequeños. Las manitos, o las garras, huelen a caléndulas podridas. El momento es efímero, y una parte muy mía e indescriptible, hace que todo pese, que no lo quiera en mis brazos, que piense en el río de Tíreo y sus defecaciones.

No sé qué será eso de ser mujer ni de ser madre, no sé, no sé, solo sé que es media noche, la avenida Núñez de Cáceres está vacía. Ya han apagado todas las luces.

Las chicas de la marquesina

Todas las mañanas, las chicas del convento salían a la marquesina. Yo ya conocía sus horarios, y también, secretamente iba a su encuentro convencida que estaba por cumplir una misión importante, quizás la más importante de toda mi vida. Me escondía entre las sábanas que mi madre tendía en el patio la noche anterior y las espiaba. Mis ojos hurgaban por encima de las rejas que servían de frontera entre mi casa, y el más allá, que era lo mismo que el convento.

Para mí este era el momento más importante, lo que le daba significado a mis días grises. Me quedaba mirando a las chicas y las fotografiaba con cada parpadeo: la ropa negra, el cabello oscuro y corto por encima de los hombros, la mirada perdida y los pies descalzos.

La marquesina tenía un olor a pescado podrido que se extendía hasta mi casa y aunque veía como la limpiaban cada mañana, ese olor ya era parte del convento y de las chicas. Todas tenían más o menos mí misma edad, pero eran mucho más delgadas, como esas mujeres que salían en la revista que le gustaba mirar a mi madre. Mujeres con el estómago pegado a la espalda.

Continué mirándolas, y ellas, como cronometradas formaban una especie de círculo. Cantaban canciones, rezaban y, por último, se hincaban una al lado de la otra. Yo a veces intentaba hacer lo mismo, pero me dolían mucho las rodillas. No sabía cómo las chicas podían aguantar tanto.

Minutos después, una de ellas se levantó a caminar alrededor del círculo, todas estaban en silencio a ver quién sería la escogida que ese día tendría que lamer la marquesina. Sí, el ritual terminaba con una chica lamiendo el piso.

Al principio, no entendía porque las chicas hacían eso. Una vez quise preguntarle a mi madre, pero ella no me dio

respuestas. Solo sabía de sábanas, de detergentes, del programa que daban en televisión para encontrar marido, pero, ¿de chicas que lamían marquesinas por la mañana? No, de esas no sabía ni tenía interés. Para mí este hecho era muy importante, esa duda no me dejaba dormir, me visitaba en sueños, y hasta imaginaba que una de ellas me contaba el secreto de la marquesina. Un secreto en susurros o gruñidos que hacía que las orejas y la cabeza me ardieran.

Dejé de pensar y volví a agudizar la mirada, mientras el ritual terminó en aplausos y risas. Las chicas se abrazaban y felicitaban a la que había lamido la marquesina. Yo quería uno de esos abrazos apretujados con olor a pescado podrido. Mi madre nunca me abrazaba, mucho menos estaba así de contenta.

Esa misma tarde, decidí intentar lamer la marquesina de mi casa. Quería saber que sentían, que sentían las chicas. Me arrodillé y pegué la lengua lo más que pude. Olía a pipí de gato, pero continué. Cuando mi madre me vio se me lanzó encima, no me abrazó ni aplaudió con entusiasmo. Gritó, me llamó bruta, asquerosa, me tomó por los cabellos y me hizo lavarme la boca como veinte veces.

—¡Mamá, pero las chicas del convento lo hacen! —le grité.

—Deja de decir tonterías.

—¡Te lo juro, mamá, te lo juro! Todas las mañanas una de ellas lame la marquesina.

Mi madre me ignoró y volvió a cepillarme los dientes aún con más fuerza. Lo hizo hasta que vomité y terminé con las encías llenas de sangre. No hablamos durante la cena y me fui a dormir temprano. Esa noche soñé con las chicas del convento, con la marquesina, con las lenguas pegadas al piso llevándose toda la suciedad, abrazada al olor a pescado podrido. Esa noche recé al Dios que nunca se acordaba de mí, recé por

un día ser feliz.

Al día siguiente, no me levanté tan temprano. Cuando me di cuenta, y miré el reloj, calculando, ya las chicas debían estar hincadas, esperando a la escogida. Corrí entre las sábanas, enredándome una con otra hasta llegar a la verja que separaba mi casa del convento. Cuando llegué, mi madre estaba en el mismo lugar que me paraba para espiar a las chicas. Vi como a ella le temblaban las manos, me coloqué a su lado y nos mantuvimos en silencio, mientras las chicas dejaban de cantar y la que estaba parada elegía a una.

El ritual era el mismo de siempre, la chica se hincó y empezó a lamer la marquesina. Mi madre estuvo a punto de gritar, pero le tapé la boca.

—Shhh, no le gusta que las molesten —le dije.

Mi madre se fue a una esquina y empezó a vomitar. El vómito le salía a chorros de forma incontrolable. No me importó, es más, por primera vez le deseé cosas feas. Me volví a pegar más a las rejas, escuchando los aplausos y las risas. Todas estaban más contentas que nunca, se abrazaron y volvieron a cantar. Entre las risas y las ropas negras, una de ellas, la más alta, me llamó y me hizo señas para que me acercara. Se me aceleró el corazón, no pensé más en mi madre, y en que podría morir ahogada en su propio vómito. Solo pensé que por fin mis sueños estaban a punto de hacerse realidad, que el más allá era un buen lugar para mí, que el Dios que nunca se acordaba, se acordó. Empecé a caminar con titubeo hacia la marquesina, esperaba el abrazo de las chicas del convento con olor a pescado podrido. Iba como ajena, hipnotizada por la luz que emanaban los cuerpos que parecían deformarse en cada paso.

